



Cómo buscar los sueños, 2005
Óleo sobre papel laminado en madera
120 x 120 cm.

Los estudiantes del Campus Oriente

♦ Luz Marina Ibarra
Tomas Chavelas

El Campus Oriente de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM) inició sus actividades académicas a mediados de los años ochenta y surgió como respuesta a la demanda educativa y social de la región, así como para retener a los jóvenes en sus localidades y contribuir como desencadenante del desarrollo regional. Inicialmente las opciones educativas con que contaba fueron las ingenierías en producción vegetal, maquinaria y equipo agrícola, y fitosanitaria. Sin embargo, la baja matrícula y el cambio económico de la región hacia el sector de servicios obligó a ofrecer otras alternativas, y así fue como se establecieron las licenciaturas en sociología, relaciones públicas, economía, contador público y administración —las dos últimas ya las ofrecía el Campus Norte (Chamilpa, Cuernavaca).

A casi treinta años de su creación no existe claridad acerca de cuál ha sido realmente el impacto de la institución en su entorno, quiénes son los estudiantes de este *campus*, por qué eligen a esta institución y no a otra, cuál es el nivel de satisfacción que ésta les proporciona en relación con su formación, ni por qué se van o deciden permanecer aquí hasta concluir sus estudios.

El objetivo de este trabajo es hacer una aproximación a la construcción del perfil del estudiante del Campus Oriente, además del análisis de indicadores educativos como aprobación, promedio

escolar, eficiencia terminal, rezago, reprobación y deserción escolar para fundamentar y contextualizar la elaboración de estudios longitudinales que permitan conocer, entender y atender las necesidades de los estudiantes de una manera pertinente y oportuna, desde su llegada hasta su egreso del *campus*. Para ello emplearemos los resultados de un cuestionario, de entrevistas a profundidad y autobiografías realizadas con estudiantes de las cohortes 2004, 2005 y 2006.

Inequidad en el sistema educativo mexicano

La desigualdad e inequidad son rasgos distintivos de la vida nacional que nos han acompañado históricamente; se extienden a distintos campos del quehacer social: la participación política, el ejercicio de la ciudadanía, la procuración e impartición de justicia, la asistencia social, la generación y distribución de la riqueza y de los bienes considerados y legitimados socialmente como tales. En este último rubro la educación no es la excepción.

La educación a través de la escuela es más que capacitación para el trabajo; sus valores y alcances formativos van más allá de su carácter instructivo y pragmático; tiene un impacto formativo en la configuración y el ejercicio de la ciudadanía; está vinculada con la calidad de vida, la cosmovisión de los sujetos y las posibilidades y perspectivas de desarrollo que los seres humanos plantean y proyectan.

♦ Profesoras investigadoras, Campus Oriente, UAEM





En los años cincuenta, entre los jóvenes en edad de cursar estudios superiores, sólo el 1% tenía acceso a ellos; hoy la cobertura es veinticuatro veces mayor, es decir, creció más de ochenta veces, mientras que la población lo hizo por un factor de cuatro.¹ La matrícula actual en el nivel superior es cercana a tres millones de jóvenes; sin embargo, no es suficiente ni equitativo el acceso a este nivel educativo, el cual, por su impacto y trascendencia formativa, con seguridad determina al sujeto para su vida futura.

De acuerdo con cifras de la Secretaría de Educación Pública (SEP), sólo uno de cada cuatro jóvenes (de dieciocho a veintidós años) tiene acceso a la educación superior, sin considerar las condiciones en las que lo hace, es decir, sin referirnos a la calidad de su proceso formativo. De ese “privilegiado” grupo de jóvenes matriculados en algunas de las casi 1 900 instituciones educativas del país, 27% tienen entre diecisiete y diecinueve años y 62% entre veinte y veinticuatro, mientras que los de veinticinco o más representan sólo el 10.3%. De estudiantes que en un 94.6% son solteros, uno de cada tres combina el estudio con el trabajo o alguna actividad remunerada, y uno de cada dos representa a la primera generación en su familia que ha podido tener acceso a la educación superior.²

Esta matrícula tan reducida responde a una política educativa errática que ha escatimado la

apertura de oportunidades educativas con el fantasma de la masificación; persisten rezagos e ineficiencias en los niveles educativos precedentes cuyos efectos se presentan “en cascada”; “cuellos de botella” en la pirámide escolar, aunado a la insuficiencia de recursos económicos en las familias, lo cual obliga a los jóvenes a incorporarse a la vida productiva a temprana edad. El subempleo y el desempleo tienen también un impacto desmotivador entre los estudiantes, quienes pierden el interés por continuar y culminar sus estudios universitarios. Todo esto ocasiona que tengamos en el nivel superior la matrícula porcentual más baja de todos los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).³

Nuestro país gasta más dinero que otros países en educación pero definitivamente con resultados inferiores. Para el caso del nivel educativo que nos ocupa, México destina 25% de su gasto público, mientras que los países de la OCDE le asignan sólo el 12.7%. Desafortunadamente, ese 25% se consume en gasto corriente (97.2%). Así, nuestro país ocupa el lugar número treinta de un total de treinta y uno dentro de la clasificación de ese organismo. Como lo afirma Granados,⁴ México gasta más en educación pero no gasta mejor.

Por otra parte, la oferta educativa privada atiende a un mercado demandante más reducido de usuarios y lo hace con un limitado abanico de

¹ Véase Julio Rubio Oca (coord.), *La política educativa y la educación superior en México, 1995-2006: un balance*, SEP/FCE (Educación y Pedagogía), México DF, 2006, p. 13.

² *Ibid.*, p. 40.

³ Marisol Silva, “Más jóvenes con educación superior: ¿una aspiración lejana?”, *Observatorio ciudadano de la educación*, 15 de agosto de 2008, pp. 1-2, <http://www.observatorio.org/opinion/Rechazados.html>, consultado el 30 de abril de 2009.

⁴ Otto Granados Roldán, “Educación en México. ¿Gastar más o invertir mejor?”, *Observatorio ciudadano de la educación*, núm. 148, vol. V, febrero de 2005, p. 3, http://www.observatorio.org/colaboraciones/granados_3.html, consultado el 30 de abril de 2009.

opciones. Sin embargo, ha incrementado de una manera muy importante su presencia, aunque no representa una opción real y de peso para abatir la falta de cobertura. Actualmente existen en el país alrededor de 1 179 instituciones de educación superior privadas que contrastan con las 713 de sostenimiento público.

De acuerdo con proyecciones elaboradas en el año 2005 a partir de los resultados del II Censo de Población y Vivienda,⁵ en las próximas dos décadas uno de los rasgos distintivos de la población mexicana será tener una composición mayoritaria de jóvenes en plena etapa de ejercicio de su ciudadanía. En el año 2005 había una población de 9 773 000 jóvenes en edad de cursar la educación superior (de diecinueve a veintitrés años). Para el ciclo escolar 2007-2008 no se encontraban matriculados en alguna institución de educación superior más de 2 461 000 estudiantes, que representan el 25%, mientras que el promedio de los países miembros de la OCDE es de 50% del total de su población en la cohorte universitaria. Es evidente y preocupante que no contamos con políticas públicas que prevean la disponibilidad estructural para hacerle frente a la cobertura educativa en ese nivel.

La inequidad en el reparto de las oportunidades para tener acceso a la educación superior está asociada principalmente con el factor económico: no acceden en igual porcentaje los jóvenes habitantes de centros urbanos medios que quienes viven en áreas marginales, como tampoco los radicados en

áreas rurales en relación con quienes habitan en zonas indígenas. La equidad en educación consiste, entre otras cosas, en poder cursar una carrera profesional con los elementos mínimos indispensables para egresar con una formación sólida.

Las nuevas orientaciones hegemónicas en el campo educativo apuntan hacia la formación basada en competencias diversas, pero coinciden en manifestar que de poco sirve un título profesional, con mención honorífica, si el alumno no cuenta con una adecuada y pertinente formación. El credencialismo por sí mismo ha entrado en un proceso de devaluación y descrédito.

Empresarios y empleadores demandan jóvenes que sean polifuncionales y capaces de solucionar problemas, pero también son importantes los estudios, diplomas e incluso los conocimientos que posee un individuo, así como sus habilidades, destrezas y aptitudes. Hoy predominan las nuevas competencias que deben ser demostradas, comprobadas y certificadas. El esquema de prepararse en busca de obtener un empleo para toda la vida está diluyéndose y el mercado ocupacional tendrá un comportamiento limitado en su cobertura, será de una rotación y movilidad constante para los sujetos y demandará de ellos una actitud permanente de reconversión y reeducación.

El mundo del trabajo que nuestra generación conoció como seguro, estable, repetitivo y permanente hoy se desvanece. Teóricos del tema, como Rifkin,⁶ presagian que esa realidad que nos tocó vivir está desapareciendo y que los jóvenes transi-

⁵ II Censo de Población y Vivienda 2005, INEGI, México DF, 2007.

⁶ Jeremy Rifkin, *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Paidós Ibérica (Colección Estado y sociedad), Barcelona, 2004 [1996], p. 23.



tarán por varios empleos durante su vida productiva y, dependiendo de su adaptabilidad a las nuevas condiciones y exigencias del mundo laboral, éste determinará su permanencia en él. Hoy se hace realidad la sentencia de Jacques Delors de que debemos aprender “no para la vida, sino a aprender en y durante toda la vida”.⁷

Estudios sobre trayectorias escolares

A partir del año 2000, el gobierno federal y la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) se han dado a la tarea de realizar estudios orientados a conocer “las huellas” de los estudiantes, quienes históricamente se han identificado sólo por un número de matrícula.

Poco a poco se ha venido desmitificando la idea de que “todos los estudiantes son iguales” y que, en consecuencia, deben atravesar el proceso formativo en idénticas condiciones y circunstancias. Los estudiantes son individuos únicos, diferentes, diversos, han pasado por los mismos niveles educativos pero no lo han hecho de la misma manera, ni con los mismos recursos ni con resultados iguales. Estos jóvenes son resultado de una formación cultural trabajada —en paralelo con la escuela— en el hogar; proceden de niveles socioeconómicos muy similares pero no idénticos y han llegado a las universidades a través de diversos caminos formativos.

Para conocer a la población que ha logrado ingresar a una universidad, Adrián de Garay sugiere considerar diez dimensiones: origen y situación social de los estudiantes, perspectivas de desarrollo futuro, factores que intervinieron para decidir qué licenciatura cursar, cambios efectuados al ingreso en la licenciatura, hábitos de estudio y prácticas sociales, prácticas de consumo cultural, condiciones de estudio en casa, prácticas docentes del profesorado, organización de las sesiones de clase e infraestructura y servicios institucionales.⁸

Las trayectorias escolares son un seguimiento de corte longitudinal de los sujetos y pueden abarcar desde el momento en que ingresan a la institución hasta su egreso, recuperando su historia académica y escolar anterior (bachillerato), lo cual permite un acercamiento cualitativo a la población escolar. La orientación de este análisis proviene de los campos disciplinares tanto de la sociología como de la antropología, y con ello buscamos lo que De Garay denomina “proceso de integración” a la universidad.⁹

Este tipo de seguimientos conlleva la observación continua de los movimientos de una cohorte durante uno o más ciclos escolares y da cuenta de la evolución de los estudiantes dentro del marco de estructuras formales de aprendizaje. A partir de ello es posible detectar, identificar y analizar la se-

⁷ Véase Jacques Delors, *La educación encierra un tesoro*, Unesco/Santillana, Madrid, 1996.

⁸ Adrián de Garay Sánchez, *Los actores desconocidos. Una aproximación al conocimiento de los estudiantes*, ANUIES (Colección Biblioteca de Educación Superior, Serie Investigaciones), México DF, 2001, p. 18.

⁹ Adrián de Garay Sánchez, *En el camino de la universidad*, UAM-A, México DF, 2005, p. 23.

cuencia de “eventos académicos e institucionales que constituyen el proceso de formación profesional, desde el ingreso del estudiante a la carrera hasta terminar sus estudios (trayectorias completas) o, en otro caso, hasta el abandono de éstos (trayectorias truncadas)”.¹⁰

Conocer la trayectoria escolar previa de los universitarios permite describir y comprender los ambientes educativos formales y los espacios de socialización en que aquéllos crecieron y se desarrollaron antes de su ingreso, así como su origen social y económico y el capital cultural en que se formaron. También nos proporciona información colateral de los procesos educativos formales asociados con las instituciones educativas, los modelos de aprendizaje, los planes y programas de estudio y las prácticas docentes.

Finalmente, las trayectorias escolares se pueden definir como “la cuantificación del comportamiento escolar de un conjunto de estudiantes (cohorte) durante su trayecto o estancia educativa o establecimiento escolar, desde el ingreso, permanencia y egreso hasta la conclusión de los créditos y requisitos académico-administrativos que define el plan de estudios”.¹¹

Por lo anterior, este tipo de análisis es un valioso recurso tanto en el rubro de la planeación co-

mo en el de la evaluación, al permitir detectar las suspensiones, interrupciones y continuidades del recorrido escolar, así como las diversas entradas y salidas de la cohorte cuando éstas tienen lugar.

Aspectos metodológicos

Los universitarios son sujetos sociales complejos cuyas condiciones familiares les proveen de capitales culturales diversos. La experiencia escolar varía según la ubicación espacio-temporal del grupo familiar y explica las relaciones entre el origen y la posición social, así como las expectativas y oportunidades de acceso y egreso de la educación superior. Por lo tanto, pensar en los universitarios a partir de sus diferencias y similitudes requiere de investigaciones cualitativas y cuantitativas que favorezcan el análisis de tópicos tales como escolaridad de los padres, trayectorias escolares previas, transiciones de los estudiantes (responsabilidad social, hijos), condición de género y situación económica, en relación con la posibilidad de concluir satisfactoriamente sus estudios.

Para ello, en el Campus Oriente se aplicó un cuestionario a 468 estudiantes, entrevistas a profundidad a algunos estudiantes con rezago académico, *desertores*, estudiantes regulares y estudiantes exitosos de las cohortes 2004, 2005 y 2006.

¹⁰ Óscar Cuellar Saavedra y Víctor Hugo Martínez Escamilla, “Éxito y fracaso escolares. Un análisis por cohortes de la carrera de Sociología de la UAM Azcapotzalco (1974-2000)”, *Revista de la educación superior*, vol. XXXII (4), núm. 128, octubre-diciembre de 2003, en Anuiés, Publicaciones Anuiés http://www.anuiés.mx/servicios/p_anuiés/publicaciones/revsup/128/01a.html, consultada el 22 de abril de 2008.

¹¹ A. A. Altamira Rodríguez, *El análisis de las trayectorias escolares como herramienta de evaluación de la actividad académica universitaria. Un modelo ad hoc para la Universidad Autónoma de Chiapas: el caso de la escuela de Ingeniería Civil*, tesis de maestría para la obtención del título de maestro en educación, Universidad Nacional Autónoma de Chiapas, México DF, 1997, p. 27.

Además, se están analizando algunas autobiografías de estudiantes de la carrera de sociología, de las generaciones 2006 y 2007.

Tendencias, preferencias y probabilidades

Las respuestas a interrogantes como cuáles son las carreras que prefieren los estudiantes del Campus Oriente o cuál es la composición por género de las distintas licenciaturas, ratifican la reiterada tendencia nacional, es decir, la preferencia por las carreras consideradas como tradicionales: contador público y administración.¹² De acuerdo con la siguiente tabla, aproximadamente un tercio de los estudiantes del *campus* cursan la licenciatura de contador público y ésta, junto con la de administración, concentra a cerca de la mitad de la población estudiantil. La tercera carrera, desde el punto

de vista de la matrícula, es relaciones públicas, seguida por agronomía, economía y sociología.

Destaca la presencia importante de mujeres: tres por cada varón. La distribución porcentual en las carreras es distinta según el sexo. La presencia de hombres en las licenciaturas en orden descendente es administración, contador público, agronomía, relaciones públicas, economía y sociología; las de mujeres, contador público, relaciones públicas, administración, sociología, economía y agronomía.

Para interrogantes tales como si los estudiantes eligieron este *campus* y la carrera que cursan, si ésta fue su primera opción o si están estudiando la carrera de su preferencia, más del 64%, tanto de hombres como de mujeres, están en la carrera que eligieron como primera opción. Para los hom-

Distribución porcentual de las carreras cursadas

Carrera que cursa	Sexo				Total	%
	Hombres	%	Mujeres	%		
Administración	41	24	56	19	97	21
Contador público	39	23	96	32	135	29
Agronomía	39	23	16	5	55	12
Sociología	8	5	39	13	47	10
Economía	20	11	28	10	48	10
Relaciones públicas	25	14	61	21	86	18
Total	172	100	296	100	468	100

Fuente: Elaboración con base en el cuestionario del 2 de junio de 2007.¹³

¹² Ana Esther Escalante Ferrer, "El Instituto Profesional de la Región Oriente: Desde sus actores sociales", en Alejandro García Garnica, Ana Esther Escalante Ferrer, Joaquín Mercado Yebra y Luz Marina Ibarra Uribe (coords.), *Perspectivas económicas y sociales de Morelos. Un enfoque regional*, UAEM, Cuernavaca, 2007, p. 185.

¹³ El análisis estadístico se realizó en colaboración con el maestro Ariel Ramírez Pérez.

bres, las carreras que en mayor medida satisfacen su demanda son contador público, agronomía y administración; en menor proporción están economía y sociología, y en último lugar, relaciones públicas. Para las mujeres, las carreras que satisfacen su demanda, en orden descendente, son contador público, administración, relaciones públicas, economía, agronomía y, por último, sociología.

Si estudiar una licenciatura no deseada (estudiar una carrera no elegida como primera opción) fuera un factor de abandono escolar, la probabilidad de dejar la escuela sería más alta en relaciones públicas y en sociología para los hombres, y aumentaría en sociología y agronomía para las mujeres.

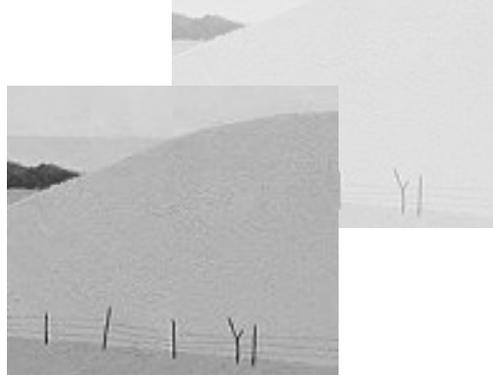
La preferencia por el *campus* es baja en relación con la elección de la carrera, es decir, hay estudiantes que cursan la licenciatura que quieren pero lo hacen en un *campus* no deseado. En cuanto a cuáles son las carreras donde está la mayor proporción de estudiantes que no querían asistir al Campus Oriente, administración concentra la mayor proporción, tanto de hombres como de mujeres, a quienes les gusta la carrera pero no en este *campus*.

En el caso de los hombres, economía ocupa el segundo lugar, seguida por relaciones públicas y contador público. A su vez, contador público, sociología y relaciones públicas concentran el mayor número de mujeres que deseaban estudiar esas licenciaturas pero no en el Campus Oriente. Por lo tanto, si la elección del *campus* fuera un fac-

tor determinante para abandonar los estudios, las mayores probabilidades de deserción se encontrarían, para el caso de los hombres, en administración, economía y relaciones públicas, y para el de las mujeres, en sociología, agronomía y relaciones públicas.

Aunque parezca contradictorio, en general hay una alta proporción (80%) de estudiantes satisfechos con estudiar en el *campus*; sin embargo, vale la pena observar el comportamiento en las licenciaturas en economía, sociología, administración y relaciones públicas, es en donde se concentra la mayor cantidad de hombres satisfechos con estudiar en esta institución. Ahora bien, si consideramos la proporción de los hombres que eligieron este *campus* como primera opción y la comparamos con los que están satisfechos con estudiar en él (siempre tomando en cuenta la carrera cursada), tendremos que las carreras de economía, relaciones públicas y sociología son las que logran retener en mayor medida a los estudiantes. Para las mujeres, el orden de retención de mayor a menor es en sociología, agronomía, relaciones públicas y administración.

De acuerdo con lo anterior, en el Campus Oriente están ocurriendo cambios que los estudiantes valoran positivamente. En este sentido, es relevante considerar lo que sucede en la carrera de sociología. Se encuestó a cuarenta y siete estudiantes, de los cuales treinta y uno no eligieron sociología como su primera opción. Al considerar su grado de satisfacción con estudiar en el Campus Oriente, en-



contramos que veintisiete de los que no la eligieron están satisfechos. Esta “recuperación o retención” de estudiantes es significativa, pues indica que a pesar de que sociología no es una primera opción, el trabajo ahí realizado permite una valoración positiva; algunos estudiantes explican esta situación: “escogí esta carrera porque me pareció que es interesante, y sí es cierto; me está gustando porque estoy aprendiendo cosas que no sabía”;¹⁴ “me gusta la carrera de sociología porque al principio no sabía ni de qué se trataba, y ahora que ya tengo una idea sí me gusta, además de que no me gustaba leer; ahora ya me estoy acostumbrando y es bonito leer porque aprendes tantas cosas que no sabes”;¹⁵ “me gusta la práctica, me gustó cuando fuimos a aplicar encuestas, el contacto con la gente, así puede uno conocer las necesidades de la gente. Me gusta hacer entrevistas, así uno puede conocer mejor las cosas”.¹⁶

En los primeros semestres hay mayor probabilidad de que los estudiantes abandonen el *campus*. Dado que sólo el 50% lo consideró como su primera opción, podemos inferir que cerca de la mitad abandonarán la escuela durante el primer año y quizá tan sólo permanezcan en ella el tiempo que les lleve encontrar un lugar en otra universidad. Conforme avanzan los semestres, la probabilidad disminuye.

Algunos estudiantes de primer semestre de la carrera de sociología explican su propia situación: “Me encuentro en esta institución ya que es la más cercana a mi domicilio y también a mis posibilidades económicas”. “Bueno, más que nada quería estudiar nutrición, pero no pude entrar en la escuela que quería, y no quería seguir perdiendo otro año más, pues perdí dos años intentando hacer examen en otras universidades”. “Una amiga me dijo que con el promedio que obtuve me podría reubicar en otra carrera, que podría ser sociología o economía, y como yo me conozco a la perfección y sabía que la economía no era lo mío, pues elegí sociología, pero la verdad creo que no fue una gran elección”. “Me informé y me inscribí en la carrera de sociología, pues sonaba interesante, intenté salirme pero tuve que regresar, ya que mi mamá se molestó”. “La razón por la que me encuentro en esta licenciatura es porque no quedé en Chamilpa”.¹⁷

Acerca de estos testimonios, podemos aseverar que los estudiantes están en este *campus* y en sociología por motivos como la cercanía del *campus* con su domicilio —lo cual tiene relación con el aspecto económico—, que haya transcurrido tiempo sin haber estudiado algo y la influencia de padres, amigos y familiares.

Sin embargo, quedan algunas interrogantes por analizar, como qué tanto influye la edad, el estado

¹⁴ Autobiografía de una alumna de la generación 2006.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Entrevista realizada a una alumna exitosa de la generación 2002, febrero de 2008, en las instalaciones del Campus Oriente de la UAEM.

¹⁷ Fragmentos de biografías elaboradas por estudiantes de la Licenciatura en Sociología, cohorte 2007.

civil o la obligación de trabajar sobre la decisión de permanecer en el *campus* hasta finalizar sus estudios, así como y hasta qué punto el trabajo de los académicos o las limitaciones en infraestructura tienen que ver con la decisión de los estudiantes para desertar. Algunos factores que explican la probabilidad de abandonar la escuela en algún momento son las experiencias poco satisfactorias vividas en la institución, en relación con las expectativas que tenían los estudiantes al ingresar y su trayectoria escolar previa. Contrario a lo que podría esperarse, en el Campus Oriente se ha identificado una tendencia en el sentido de que dicho abandono es más frecuente entre los estudiantes de trayectorias no interrumpidas.

Nueva cultura de la evaluación

En el Campus Oriente aún falta mucho por analizar e investigar acerca de lo que hay *detrás* de los jóvenes; leer y desentrañar sus silencios y omisiones, las razones de su permanencia en una determinada área disciplinaria y en el mismo *campus*. Es necesaria no sólo la implementación de un programa integral de atención y acompañamiento de los es-

tudiantes, sino que éste funcione de manera coordinada, que los atienda desde antes de ingresar, los acompañe durante su permanencia y los “alcance” una vez que hayan egresado de la institución. Deberán instrumentarse “redes de mantenimiento” y actividades físicas e intelectuales para potenciar las capacidades y habilidades de los estudiantes en alto riesgo de deserción, así como de los de alto rendimiento.

Es preciso sensibilizar a las autoridades educativas para incursionar de manera sistemática y permanente, con estudios longitudinales, en la recopilación de información acerca del estudiante antes de su ingreso, durante su estancia y después de su egreso. Estos estudios aportan información valiosa que permite implementar acciones y actividades estratégicas tendientes a disminuir la deserción del primer año, asegurar la permanencia del mayor número posible de estudiantes y garantizar altas tasas de egreso. Si estos estudios se realizan únicamente con fines estadísticos no tendrán mayor trascendencia. Es necesario introducirnos en una nueva cultura de la evaluación que tenga una inmediata aplicación para la mejora continua.